

«La liebre,—dice Gastón Febo,—tiene mucha fuerza para correr, y consigue escapar, gracias á la rapidez y duración de su carrera.»

La gran ligereza de la liebre es debida á su organización especial. Con sus miembros posteriores, más largos que los anteriores, el animal puede correr mejor subiendo que bajando. Si está tranquilo da pequeños saltos muy despacio, pero si se apresura son de mucha extensión. Cuando huye y está bastante lejos de su cama, se detiene y se sienta, apoyada en su cuarto trasero; y, en el caso de llevar alguna delantera al perro que la persigue, anda algunos pasos, y vuelve y se revuelve en un espacio muy reducido.

Á la liebre le inspira temor todo objeto que desconoce, y evita cuidadosamente los espantajos, que se ponen en los campos para alejarla; pero las liebres viejas y expertas son á veces muy atrevidas y no temen ni aun á los perros; notándose que, cuando los ven encerrados ó atados, penetran en los jardines con una osadía sin igual, llegando hasta el punto de ponerse á comer á la vista misma de sus más temibles enemigos. Lenz ha observado algunas veces que las liebres llegaban hasta debajo de sus ventanas, pasando tan cerca de los perros, que hubieran podido bañarlas con su baba.

Comunmente no chilla este animal sino en caso de riesgo: entonces produce un sonido semejante al llanto de un niño.

Compréndese desde luego, al ver las grandes orejas de la liebre, que el oído es el más desarrollado de sus sentidos. No tiene el olfato malo, pero la vista es más defectuosa. Sobre todas sus facultades intelectuales predomina una prudencia excesiva, que impulsa á la liebre á ejercer una continua vigilancia. El más leve rumor, el viento que silba á través de las ramas, ó la hoja que cae, bastan para turbar su sueño y llamar toda su atención. Un lagarto que corre, ó el canto de una rana, es lo suficiente para que abandone su lecho, y un ligero silbido la detiene en medio de su rápida carrera. La mansedumbre de la liebre es muy dudosa. Dietrich de Winckell dice que la malignidad es el mayor defecto de este roedor, no porque muerda ó arañe, sino porque en la hembra no hay amor maternal y el macho es en extremo cruel con su prole.

Cuando los inviernos son rigurosos comienza el período del celo en los primeros días de marzo, y si la estación es benigna á fines de febrero, fecha que se anticipa cuanto mejor alimentada está la liebre. «Al principio de dicho período,—dice el autor citado antes,—andan los machos por todas partes, de continuo, en

busca de las hembras, siguiendo su pista con el hocico pegado en tierra, como los perros. Cuando se encuentran dos liebres de distinto sexo, comienzan por acariciarse, corren trazando círculos, y en aquel juego la hembra es la más retonzona. Sin embargo, bien pronto llegan otros machos: el primero trata de llevarse á su compañera obligándola á que huya, pero ésta se resiste, y acaba por marcharse con el más valeroso. Ya se comprenderá que todo esto no sucede sin que haya pelea: los celos irritan á los machos, y se traba una lucha que, sin tener un resultado fatal, es sumamente divertida para el espectador. Dos ó tres machos, y algunas veces más, se persiguen entre sí, se alejan, se lanza uno contra otro poniéndose derechos, y se dan manotazos; vuelan los pelos por todas partes, y continúa la lucha hasta que el más fuerte alcanza la victoria, ó hasta que la hembra se aleja furtivamente con uno de los competidores, lo cual sucede á menudo.»

Cazadores dignos de crédito aseguran que en estas luchas no suelen quedar los machos ilesos; y dicen haber encontrado á veces liebres que no tenían ojos. El pelo que se encuentra en el lugar de la refriega es una señal segura de que ha comenzado la época del celo, y sirve de aviso á los cazadores inteligentes para no perseguir á estos animales.

El período de gestación dura treinta días. La hembra pare por primera vez en la segunda quincena de marzo, y por cuarta y última en agosto. En el primer parto tiene uno ó dos hijuelos, en el segundo de tres á cinco, en el tercero dos, y en el cuarto los mismos ó uno solo.

Unicamente por una excepción, y en el caso de ser el invierno muy benigno, pare hasta cinco veces. Elige al efecto un lugar tranquilo, y deposita su cría en un montón de estiércol, en un tronco hueco, en un lecho de hojarasca, y aunque sea en la tierra desnuda. Los hijuelos nacen con los ojos abiertos, tienen ya pelo y están bastante desarrollados. Según muchos cazadores, comienzan desde luego á secarse y limpiarse ellos mismos. La madre no permanece á su lado más que cinco ó seis días, y los abandona luego á su suerte. Sólo de vez en cuando vuelve al sitio donde se hallan: los llama batiendo las orejas una contra otra, y les da de mamar, menos por amor materno que para desembarzarse de su leche; pero en el caso de peligro se aleja presurosa. Se han visto, no obstante, hembras que defendieron á sus hijuelos contra los cuervos y las aves de rapiña de escasa talla.

El poco cariño de la madre hacia su prole es comunmente la causa principal de la muerte de un gran número de lebratos, muchos de los cuales sucum-



LA EJEMPLARIDAD DE LA PENA

ben al nacer si la temperatura es demasiado fría. Liebres ya de este primer peligro, se hallan expuestas á otros muchos, debiendo temer, sobre todo, á su padre, que con excesiva crueldad los martiriza hasta matarlos. «Cierta día oí cerca de un pueblo los chillidos de un lebratillo,—dice Winckell.—Supuse que le había cogido un gato y me aproximé para matarle; pero era una liebre macho, que, sentada delante de su hijuelo, le empujaba con una pata y luego con la otra, sin dejarle un momento tranquilo. El pobre animal parecía estar rendido de fatiga: yo le vengué matando al padre.»

III

En ningún otro animal se observan tantas monstruosidades como en la liebre: no es raro ver individuos con dos cabezas, dos lenguas, y dientes que sobresalen de la boca.



Los hijuelos de una cría no abandonan por su gusto el lugar donde nacieron, ni se alejan mucho uno de otro, aunque cada cual tenga su cama aparte. Por la tarde van juntos á buscar su alimento, juntos vuelven por la mañana al sitio donde habitan, y observan esta costumbre hasta que llegan á tener la mitad de su tamaño, en cuyo momento se separan. A los quince meses són completamente adultos: pueden reproducirse al año.

El término máximo de la vida de la liebre parece ser de siete á ocho años, aunque se han visto individuos que, librándose de todas las persecuciones, no se hallaban todavía debilitados á esta edad. En los primeros años del siglo presente existió un macho muy conocido de los cazadores de gamuzas: mi padre no le perdió de vista en el espacio de ocho años, durante los cuales pudo sustraerse á toda persecución; pero, habiendo llegado un invierno riguroso, consiguió matar aquella liebre, que pesaba 9 kilogramos. Tales ejemplos son muy raros, sobre todo desde que los campesinos cazan también.

CAPITULO XX

CAZA DE LA LIEBRE



Esta tarea largadescribir las cacerías de la liebre. Para coger una liebre deben emplearse ni tram-

pas ni lazos, medios que debemos reprobamos, y, además, inútiles mu-

chas veces, porque el zorro es el que más á menudo se aprovecha de la captura. Las partidas organizadas por inteligentes son, en cambio, un verdadero recreo para el hombre, y parece difícil decidir qué género de caza ofrece más atractivo. Unos prefieren el ojeo y otros el acecho. En el primer caso deben elegirse las grandes llanuras, y se obtienen muy buenos resultados; pero se necesita un gran personal, y no todos pueden disfrutar de esta diversión. Los cazadores adelantan en silencio, deteniéndose á la voz del jefe de la partida, y juntamen-

te con los ojeadores se forman en círculo para seguir avanzando luego. Dada la señal, óyense los gritos, corren los perros y todo se mueve en el recinto cercado. Aquí salta una liebre, más allá otra; ésta trata de huir, aquélla se esconde, y alguna corre desesperada de un lado á otro. Sucede, á veces, que ha sido sorprendido un zorro en medio de su excursión, y el animal se vale de toda su astucia para buscar una salida. El círculo se va estrechando poco á poco, el rumor acrece y suena el primer tiro. Bueno es que caiga la liebre, pero divierte más cuando no se la toca, porque entonces sucede á menudo que toda la línea de cazadores hace fuego sobre el pobre animal antes de que caiga herido por el plomo. El terreno se va cubriendo de cadáveres, los perros los recogen, los ojeadores se cargan de caza, estrechase el círculo, y entonces dicta la prudencia que no se tire ya sino fuera del espacio circunscrito. Las liebres quedan acorraladas por los cazadores, aunque más de una consigue escapar. El espectáculo es magnífico y de los más divertidos.

II

La caza al acecho ofrece, no obstante, más interés, sólo que no está permitida en todas partes. Hemos di-